

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

El valor simbólico de los economistas en
la democratización de la política chilena
[The symbolic value of the economists in
the democratization of Chilean politics]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Montecinos, Verónica
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-17 13:39:19
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219402

El valor simbólico de los economistas en la democratización de la política chilena

Verónica Montecinos

Verónica Montecinos: socióloga y politóloga chilena, profesora asociada en el Departamento de Sociología en la Universidad del Estado de Pennsylvania. Ha publicado artículos sobre integración regional, sobre la participación de economistas en política, sobre democratización y sobre el impacto de las reformas económicas en la situación de la mujer en Chile. En la actualidad esta completando un estudio sobre la educación de economistas extranjeros en Estados Unidos.

Nota: Este artículo ha sido elaborado para K. von Mettemheim y J. Malloy (eds.): *Deepening Democracy in Latin America*, Pittsburgh University Press (en prensa).

Palabras clave: sistema político, neoliberalismo, dictadura, economistas, Chile.

Resumen:

Las elites políticas reclutan economistas en los máximos cargos, no sólo para contar con sus conocimientos técnicos sino para abordar problemas cada vez más complejos y especializados. Los partidos lo hacen en respuesta a las presiones que los organismos gubernamentales han enfrentado en las últimas décadas. En un mundo dominado por fuerzas económicas impredecibles, la incertidumbre es lo que les da a los economistas una ventaja sobre los demás. Ningún economista puede garantizar que los desastres económicos no traerán derrotas políticas, pues los resultados de las políticas están mayormente fuera de su control. Pero la mera presencia de economistas en la cúspide de la toma de decisiones puede indicar que se tomaron las medidas necesarias para asegurar la aprobación de los círculos económico y financiero internacionales, a los cuales los economistas tienen un acceso privilegiado. Así entonces, las elites gubernamentales y partidarias, al igual que los dirigentes de muchas otras organizaciones modernas, hacen hincapié en las dimensiones ceremoniales de su desempeño, más que en la cuantificación de los resultados de sus acciones.

La actual ola de democratización se unió con otra tendencia reciente a nivel mundial: el ascenso de los economistas a altos cargos políticos¹. Con frecuencia, lo que impresiona a los analistas es la incompatibilidad de esas

¹ Ver Markoff; Markoff/Montecinos, sistema político, neoliberalismo, dictadura, economistas, Chile.

dos tendencias. El creciente poder de los tecnócratas se ve como una amenaza seria –e inevitable– para la política democrática. Parecería que en la América Latina contemporánea las prácticas democráticas se minaran desde adentro cuando los tecnócratas dictan el contenido de los decretos presidenciales, pasando por alto los partidos políticos y otras instituciones representativas (Conaghan/Malloy/ Abugattas). Sin embargo, el caso chileno sugiere que la relación entre el ascenso político de los economistas y la democracia contiene complejidades interesantes e inexploradas².

Durante el proceso de transición a la democracia, los economistas de la oposición se incorporaron masivamente a la vida partidista. Algunos continuaron en sus funciones tradicionales como especialistas técnicos; otros ascendieron a dirigir los partidos. Muchos economistas militantes fueron contratados para funciones de enlace, representando al partido en eventos públicos, escribiendo para la prensa y asumiendo tareas típicas de funcionariado partidario. En la derecha y en la izquierda, los partidos tienen ahora economistas como candidatos y encargados de los asuntos internos.

En el presente capítulo me referiré a la significación política de ciertas formas culturales y organizacionales, a fin de analizar la manera singular en que los economistas/políticos chilenos pueden haber contribuido al restauración y consolidación de la democracia.

Los economistas en la política

El ascenso de los economistas a posiciones de poder político ha seguido en Chile una trayectoria gradual y progresiva³. En 1961 el presidente Jorge Alessandri nombró por primera vez un economista para dirigir el Ministerio de Economía. Sin embargo, la política económica siguió en manos de otros, principalmente de ingenieros y empresarios. Más tarde, Eduardo Frei Montalva fue un poco más allá y nombró economistas como presidentes del Banco Central y de otras instituciones económicas. Sin embargo, el poder de éstos seguía siendo limitado. Con el gobierno de Salvador Allende los economistas avanzaron otro poco; pero fue con Augusto Pinochet que finalmente alcanzaron control hegemónico⁴. Los **Chicago boys** llegaron a dominar varias áreas de la política, desplazando a abogados y a otros profesionales.

Lejos de revertir esta tendencia de ascenso al poder, la transición a la democracia más bien la revitalizó. La creciente participación de los economistas en la política partidista durante la década de los 80 contribuyó a moderar las diferencias ideológicas y fortaleció el pragmatismo y la unidad dentro de la oposición. En 1990 el presidente Patricio Aylwin nombró economistas en las

² Ver V. Montecinos: «Economic Policy Elites and Democratization» en *Studies in Comparative International Development* 28/1, 1993, pp. 25-53.

³ Ver Montecinos.

⁴ Ver Silva 1991; Valdés.

carteras de Hacienda, Economía, Obras Públicas, Educación, Planificación y Trabajo. Hasta el cargo de Secretaría de la Presidencia, un ministerio altamente político, fue ocupado por un economista. El Banco Central, la Oficina de Presupuesto, y varias subsecretarías estaban dirigidas por economistas. El equipo económico, núcleo de lo que Aylwin gustaba llamar su administración «suprapartidista», puso en práctica políticas que enfatizaban la prudencia fiscal, el crecimiento económico, la redistribución ilimitada y el compromiso con la economía de mercado⁵. Esa concepción estratégica se mantuvo después de que Eduardo Frei Ruiz-Tagle asumiera la presidencia del país en 1994. Si bien los partidos políticos reforzaron su papel, el gobierno también fue definido como de naturaleza suprapartidista, y el número de economistas designados miembros del gabinete (en Hacienda, Finanzas, Economía, Obras Públicas, Educación, Trabajo y Salud) y en otros altos puestos siguió siendo elevado.

La posición cada vez más prominente de los economistas en el gobierno se combinó con el papel que están desempeñando como líderes de los partidos políticos⁶. ¿Cómo podemos explicarnos la visibilidad de los economistas en la política partidista? ¿Cómo explicarnos la facilidad con que las viejas elites partidistas entraron en una especie de cohabitación con economistas convertidos en políticos?⁷. Para dar respuesta a estas preguntas parece necesario analizar los partidos políticos en tanto organizaciones⁸.

Para pensar los partidos como organizaciones es útil usar algunos de los argumentos formulados recientemente por teóricos institucionalistas en sociología y ciencias políticas. Los institucionalistas nos dicen que no podemos entender los cambios en la estructura y la conducta de las organizaciones si no prestamos atención al contexto dentro del cual funcionan. Para recibir legitimidad y respaldo, las organizaciones deben mostrar signos visibles de conformidad con las demandas de su medio ambiente. Los institucionalistas nos exhortan a no seguir tratando la cultura como si fuera una variable residual en el análisis de los fenómenos políticos y organizacionales⁹. Conforme a este enfoque, las reglas, normas y supuestos que se dan por sentado,

⁵ El ministro de Hacienda de Aylwin, Alejandro Foxley, reconoció que las políticas patrocinadas por su equipo se beneficiaban de la experiencia acumulada por los **Chicago boys**, pero rechazó vehementemente las críticas de continuismo y conversión neoliberal.

⁶ Para la elección presidencial de 1993 fueron considerados varios economistas como posibles candidatos: Alejandro Foxley, Ricardo Lagos, Evelyn Matthei, Sebastián y José Piñera, Manfred Max-Neef. Ahora se están volviendo a mencionar algunos de esos nombres para las elecciones de 1999.

⁷ En 1994 Alejandro Foxley pasó de dirigir el Ministerio de Hacienda a ganar la presidencia del partido Demócrata Cristiano con más del 60% de los votos. Este es uno entre varios casos de economistas que dirigen partidos.

⁸ El estudio organizacional de los partidos políticos no ha recibido mucha atención en la literatura sobre partidos políticos ni en la teoría de organizaciones. Como una excepción, ver Panebianco.

⁹ Por ejemplo, March y Olsen dicen que «Una importante contribución de la política es en el desarrollo de significados... las instituciones políticas, la retórica y los rituales en la toma de decisiones facilitan la continuidad y e) cambio de valores sociales y la interpretación de la existencia humana-; ver March/Olsen, p. 94.

convenciones, rutinas y símbolos están sustentando la producción y reproducción de arreglos sociales y políticos. «La democracia política no depende solamente de las condiciones económicas y sociales, sino también del diseño de las instituciones políticas. [Las instituciones] son arenas en que fuerzas sociales luchan, pero también son colecciones de procedimientos y estructuras que definen y defienden valores, normas, intereses, identidades y creencias... la política está permeada de rituales, ceremonias, historias y drama» (March/Olsen, pp. 17, 48).

Después del golpe militar de 1973 se quebró el orden institucional que había sustentado la política chilena durante más de un siglo, surgiendo nuevas formas de legitimación. Durante más de una década los partidos políticos buscaron refugio en las organizaciones civiles, luchando por sobrevivir en un ambiente dominado por las lógicas de la represión y el tecnocratismo. Sin embargo, la «desmovilización» de la sociedad no llevó a su «despolitización»¹⁰.

Para fines de la década de los 80 estaba claro que los partidos habían logrado recuperar su legitimidad como actores políticos; pero tuvieron que adaptarse a un nuevo conjunto de reglas institucionalizadas y mitos altamente racionalizados. Dos factores son importantes en este proceso: en primer lugar, el esfuerzo práctico y simbólico que los economistas del gobierno proporcionaron a la dictadura de Pinochet; en segundo, la creciente influencia política de la profesión de economía a nivel mundial¹¹.

Crisis y cambio en el medio ambiente institucional

Los chilenos habían llegado a dar por sentado que su identidad colectiva, su orgullo nacional y su sentido del orden social estaban enmarcados en el respeto por el gobierno constitucional y la democracia. El código profesional de las fuerzas armadas enfatizaba la prescindencia política y la subordinación a la autoridad civil. Los políticos conciliaban intereses de clase y de grupos, y en general eran figuras públicas respetadas. El sistema de partidos era el más estructurado de la región, contando con organizaciones relativamente coherentes y disciplinadas y electorados estables¹². Los partidos chilenos intervenían en el reclutamiento del personal del Estado, así como en la formulación de estrategias estatales de desarrollo y reforma social. Las contiendas electorales eran frecuentes y muy arraigadas en la lealtad a subculturas partidistas.

¹⁰ Ver Valenzuela/Valenzuela; Scully 1995.

¹¹ En la teoría de organizaciones se señala precisamente al Estado –por su poder de imponer las reglas que regulan lo que hacen otras organizaciones– y a las profesiones –por su capacidad para diagnosticar problemas y prescribir soluciones– como fuentes principales de cambio en el ambiente institucional que rodea a las organizaciones en las sociedades modernas. El Estado y las profesiones proporcionan los símbolos, supuestos, reglas y definiciones normativas que guían las acciones de actores organizacionales; ver Scott, p. 139.

¹² Ver Valenzuela/Valenzuela; Valenzuela 1990; Mainwaring.

En los años 60, retóricas maximalistas, agudos conflictos redistributivos y nuevas formas de violencia política pusieron a prueba el estilo tradicional de conciliación entre las elites políticas y el incrementalismo de las reformas. La fragilidad del sistema de partidos quedó en evidencia cuando tendencias centrífugas empezaron a dominar en una dinámica de pluralismo polarizado (Sartori, pp. 159-163; Valenzuela 1978). También aparecieron señales de tensión en las relaciones cívico-militares. Sin embargo, se seguía aceptando sin cuestionamiento la legitimidad de las tradiciones democráticas.

La toma militar del poder logró evolucionar en un régimen autoritario duradero con un ataque frontal a las suposiciones establecidas de la política chilena. Las tradiciones políticas del gobierno civil se escarnecían oficialmente como corruptas, ineficaces, divisionistas y corrosivas para el interés nacional. El vacío que dejó la supresión del Congreso, los partidos políticos, los sindicatos y un poder judicial débil se fue llenando gradualmente con la policía secreta, los tribunales militares, los comités ad hoc, los tecnócratas y el general Pinochet en su doble rol de presidente y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas¹³.

Diecisiete años de control de los poderes públicos proporcionaron al régimen militar suficiente tiempo y copiosos recursos para intentar la institucionalización de una nueva estructura de poder, y promover todo un conjunto de rutinas sociales y formas culturales nuevas. Pinochet y un grupo selecto de sus partidarios usaron la acumulación gradual de poderes extraordinarios como una oportunidad histórica única para llevar a cabo una revolución de vastas proporciones.

La racionalización del gobierno

El régimen realizó grandes esfuerzos para establecer un nuevo orden normativo. Una de las principales preocupaciones fue el diseño de instituciones no contaminadas con los vicios de la politización. No había lugar para los políticos en la creación del nuevo Chile, pues sus prácticas y su lenguaje eran peligrosos e irresponsables. La consagración a la eficacia y el orden se simbolizaron en los rituales de la coerción y en la retórica de la administración científica.

Los grupos más radicales dentro de los economistas del gobierno sostuvieron que había que vincular las soluciones de corto plazo con la revocación de cuarenta años de políticas económicas «equivocadas», excesivo intervencionismo del Estado, privilegios burocráticos y padrinazgo político. Con el respaldo de Pinochet, economistas neoconservadores comenzaron a promover un experimento de gran amplitud que incluía la desregulación de los mercados financieros, una extensa liberalización comercial y la privatización de activos y funciones del Estado¹⁴.

¹³ Sobre la «consolidación del gobierno unipersonal» ver Valenzuela 1991.

¹⁴ Ver Fontaine Aldunate; Vergara; Foxley; Ramos; Edwards/Cox.

La suspensión de la política y el uso sistemático de la represión permitió un cambio cualitativo en la influencia de los tecnócratas. Los **Chicago boys** intentaron desmitificar el Estado como la encarnación del bien común¹⁵. Según ellos sólo los instrumentos más «modernos» de su profesión deberían proporcionar la base para el análisis de las políticas públicas. Los economistas fueron poco cuestionados en su retórica de neutralidad, competencia profesional y vehemencia revolucionaria¹⁶. Los economistas de oposición eran ridiculizados como **gásfitters** [plomeros], miembros marginales de la profesión. Los políticos y otros activistas sociales habían sido silenciados, o estaban en el exilio o en prisión¹⁷. Los empresarios críticos aparecían como prejuiciados, recriminando a las autoridades por lo que era su propia incompetencia. Los abogados, aunque útiles para proporcionar una apariencia de legitimidad en un país tan devoto del legalismo, no pudieron proponer una visión de conjunto de su propio cuño¹⁸.

Las reformas que los economistas introdujeron en el aparato estatal fue lo que llegó a ser simbólicamente clave para la política institucional del régimen. Bajo la protección de los poderes de Pinochet y gracias a su propia autoridad profesional, los economistas neoliberales dirigieron la racionalización de las estructuras gubernamentales. El uso de métodos científicos y la adopción generalizada de modelos racionales de toma de decisiones confirmarían que los rituales de representación de intereses y el papel de los partidos políticos en el diseño de las políticas públicas no sólo eran nefarios, sino además improcedentes y obsoletos. Los métodos, el lenguaje y los mitos de los economistas se volvieron convenciones institucionalizadas¹⁹.

Lo que llegó a ser esencial en el ascenso de los **Chicago boys** al poder fue la legitimidad de su estilo. Los modelos econométricos, entre otros rituales burocráticos, se orientaron a eliminar el exceso de empleados públicos, lograr disciplina fiscal, aumentar la descentralización administrativa y la eficiencia y eficacia en todas las áreas de política. El supuesto apoliticismo de los **Chicago**

¹⁵ Sobre la historia de los **Chicago boys**, ver Valdés.

¹⁶ Para un análisis de las conexiones de los **Chicago boys** con los conglomerados financieros que hasta la crisis de 1982 controlaban los sectores más dinámicos de la economía, ver E. Silva.

¹⁷ Para los economistas de la oposición era difícil entender la pasividad de sus colegas en asuntos de derechos humanos. «Los economistas pensaban que ellos no tenían nada que ver con la política. De otra forma no puedo entender cómo [los ministros] Cauas y Castro coexistían con la tortura y el exilio». El ex-ministro Pablo Baraona, miembro clave del grupo Chicago, explicó que: «había una ignorancia total entre los civiles del gobierno. Los ministros civiles sabían tanto como usted o como yo sobre lo que le pasó a Tucapel Jiménez [un líder sindical asesinado en 1982]. Para mí, es un misterio» (entrevista, 1986).

¹⁸ «Los abogados sólo pueden traducir las ideas de los economistas a su lenguaje», me dijo un economista del gobierno en una entrevista en 1986.

¹⁹ Los economistas de la oposición estaban dispuestos a reconocer los progresos en relación con las prácticas anteriores de asignación de recursos en el sector público. Aprobaban la evaluación de proyectos y un nuevo inventario de proyectos a nivel nacional y regional, pero criticaban el descuido de la planificación macroeconómica a mediano plazo. Entrevista con Eduardo García d'Acuña, 1986.

boys y su ideología de racionalidad²⁰ contribuyeron a introducir medidas impopulares, y a forzar conformidad entre burócratas renuentes, generales estatistas o nacionalistas y empresarios hostiles. El mismo Pinochet necesitaba justificar su aspiración a un lugar importante en la historia, «y el neoliberalismo parecía coincidir con su sueño de crear una nación próspera libre de conflicto ideológico» (Constable/Valenzuela, p. 190).

El equipo económico aparecía como el grupo más cosmopolita en el gobierno, a tono con los debates ideológicos en los países industrializados, donde las mentalidades gerenciales atacaban la incompetencia y rigidez de las instituciones públicas y promovían la privatización con la premisa de que «el gobierno no era la solución a los problemas, el gobierno **era** el problema» (March/Olsen, p. 98). Las reacciones entusiastas al modelo económico entre los círculos académicos internacionales, los banqueros y los organismos crediticios multilaterales brindaron recursos cruciales y un necesitado remanso ante las críticas a la represión política²¹.

El control sobre el reclutamiento y formación de sucesivas generaciones de economistas en la burocracia gubernamental creó una gran reserva de individuos que sólo habían aprendido el catecismo del libre mercado. Ansiosos por ascender en lo que había llegado a convertirse en la profesión más prestigiosa del país, los jóvenes economistas aplicaron fielmente las reglas transmitidas por sus mentores y con mucho gusto ocuparon cargos en los organismos gubernamentales.

El equipo económico era extenso, poderoso y motivado por un gran fervor ideológico, pero ¿hasta dónde tuvo éxito en su intento de racionalizar el gobierno? Los institucionalistas nos dicen que aunque muchas veces las reorganizaciones administrativas se frustran por causa de la inercia burocrática, las reorganizaciones gubernamentales constituyen «eventos simbólicos y retóricos» en los cuales «los resultados pueden ser menos significativos que el proceso» (March/Olsen, p. 89, 51).

A pesar de fluctuaciones en la economía, los **Chicago boys** lograron mantener su influencia²². En las áreas de aranceles, finanzas e industria se introdujeron

²⁰ «Cuando el ministro le preguntó a los empresarios: «bueno, ¿porqué ustedes piensan que este subsidio va a favorecer a Chile?» hubo una crisis. Nunca antes se le había pedido a un empresario que justificara una medida política diciendo que sería beneficiosa para el país. Los militares vieron que los economistas, supuestamente de derecha, eran más duros que nadie en los negocios (entrevista con el ex-ministro José Piñera, 1986).

²¹ Frederick von Hayek, la Société Mont Pelerin, Milton Friedman, Gordon Tullock y otras luminarias internacionales visitaron Chile en la década de los 70 y expresaron su respaldo al experimento en proceso. El gobierno chileno, comprometido con las reformas más ortodoxas en la región, recibió la aprobación de organismos multilaterales con recursos abundantes; ver Meller.

²² Hasta 1982, los **Chicago boys** aseguraron sus reformas gracias al fácil acceso a la bonanza de créditos externos durante los años 70 y principio de los 80, El **boom** acumuló una deuda externa enorme y contribuyó a una grave recesión en 1982-1983. El equipo económico fue

cambios de fondo. Hubo una privatización masiva de empresas públicas, y se transfirieron servicios del sector público al privado en educación, seguridad social, trabajo, agricultura y salud. A comienzos de la década de los 90, Chile era considerado como un modelo exitoso de economía de mercado²³. Sin embargo, cabe destacar que tan importante como los resultados, el proceso de reformas contribuyó a legitimar el concepto de política como administración e impugnó aún más los viejos hábitos de la política partidista chilena.

Cambios orgánicos y modernización de los partidos

Enfrentados a los rápidos cambios en la economía política del país y a las incertidumbres de una prolongada transición, los partidos políticos chilenos no tuvieron prácticamente más opción que adaptar sus estructuras y rutinas a las que se habían convertido en premisas dominantes. Los partidos buscaron fuentes alternativas de recursos materiales y nuevos principios de legitimación para poder sobrevivir como organizaciones.

Los teóricos del institucionalismo subrayan que las organizaciones que se ajustan a las demandas técnicas e institucionales de sus ambientes maximizan su legitimidad y aumentan sus posibilidades de supervivencia²⁴. En democracia, los partidos políticos enfrentan presiones competitivas por resultados mensurables, al igual que fuertes presiones institucionales. Pero cuando las elecciones están suprimidas, es crucial responder a las demandas institucionales de mayor racionalización.

Lejos de constituir respuestas automáticas a las nuevas demandas del ambiente, los cambios orgánicos en los partidos fueron parciales, tentativos y controversiales. Quienes en el sistema de partidos estaban más cerca del centro, trataron de demostrar su seriedad dando señales de disposición a acatar algunos de los nuevos rituales de correcto ejercicio del poder. Entre las estrategias adoptadas por esos partidos para manejar su vulnerabilidad como organizaciones, se contaron las alianzas pragmáticas y el visible despliegue de

reemplazado entonces temporalmente por un grupo de empresarios y oficiales de las fuerzas armadas, pero entre 1985 y la elección presidencial, los tecnócratas neoliberales recuperaron su predominio. Con políticas más pragmáticas y un estilo menos excluyente, lograron recobrar la producción y el empleo, aumentar los ingresos públicos, recapitalizar bancos y empresas insolventes, reducir la deuda externa y promover las exportaciones no tradicionales.

²³ Para una recapitulación de la historia de las reformas económicas en Chile, ver Bosworth/Dornbush/Labán.

²⁴ Algunas organizaciones enfrentan demandas más técnicas y reciben recompensas en base a la calidad y cantidad de sus productos. Otras (iglesias, escuelas) enfrentan demandas institucionalizadas. Entre estas últimas, la capacidad estructural de la organización –las calificaciones de su personal, sus títulos académicos, su acceso a redes de poder– y los procesos que sigue –los planes, los modelos, los datos, los contactos– se convierten en indicadores favoritos de legitimidad. Ver W. R. Scott y J. W. Meyer: «The Organization of Societal Sectors» en J. W. Meyer y W. R. Scott (eds.): **Organizational Environments: Ritual and Rationality**, Sage, Beverly Hills, CA, 1983; W. R. Scott: «Unpacking Institutional Arguments» en W. W. Powell y J. DiMaggio (eds.): **The New Institutionalism in Organizational Analysis**, The University of Chicago Press, Chicago, 1991.

economista²⁵. Más hacia la izquierda en el sistema de partidos, la profesionalización no encontró un terreno tan fértil.

Los sectores de la derecha más identificados con el neoliberalismo apoyaron la cruzada «modernizadora» de los tecnócratas de Pinochet, este sector entró en la transición democrática con nuevos partidos y la esperanza de sacar provecho de los logros económicos del régimen y de sus propias innovaciones organizacionales²⁶.

En 1983, cuando aparecieron los primeros indicios de apertura política, un grupo de los tecnócratas más ideologizados dentro del gobierno fundó la UDI (Unión Demócrata Independiente), que es ahora el segundo mayor partido de derecha. Varios economistas ocuparon altas posiciones como dirigentes de la UDI, convirtiendo la neutralidad del mercado y la despolitización de las organizaciones intermedias en conceptos ideológicos claves. ¿Por qué los economistas se hicieron cargo del partido? «Porque rompieron con la forma tradicional de hacer política. ... Muchos abogados dentro del partido sienten que forman una generación muy afín a los economistas. Los abogados y los economistas del partido están en la misma sintonía²⁷.

Los líderes de la UDI –en un momento dado Julio Dittborn y Joaquín Lavín, dos jóvenes economistas con experiencia en el gobierno, fueron nombrados presidente y secretario general del partido respectivamente– ayudaron a distanciar el partido del estilo de la vieja derecha política²⁸. Ante el temor de que el populismo pudiera volver a gobernar, la UDI promovió la movilización política de los círculos empresariales. Junto con sus colaboradores más cercanos en el gobierno, Hernán Buchi –ex-ministro de Hacienda, arquitecto de la recuperación económica post 1985 y candidato presidencial derrotado en 1989– fundó el Instituto Libertad y Desarrollo. Esta organización de investigación y políticas, conformada por profesionales con experiencia, proporciona asistencia a legisladores y tiene una activa agenda de asesoría en varios países.

²⁵ Los partidos políticos, al igual que otras organizaciones con metas ambiguas –¿poder, votos? y tecnologías poco claras –¿movilización de recursos?– cambian sus estructuras, se copian entre ellas y adoptan formas ya institucionalizadas en su medio ambiente, Más que fuentes de racionalidad, los encargados de la ingeniería política servían como símbolos de acatamiento a la presión del medio ambiente.

²⁶ Los partidos de derecha voluntariamente renunciaron a su derecho de existir a cambio de obtener protección militar contra su propio descenso electoral de los años 60 y 70.

²⁷ Entrevista con el ex-ministro y economista de la UDI, Luis Larraín (agosto de 1992). Antes de convertirse en un neoliberal destacado, Jaime Guzmán, fundador del partido y uno de los ideólogos de Pinochet, había sido profesor de derecho y líder carismático del movimiento gremialista en la Universidad Católica. Abogados graduados en esa universidad tienen una fuerte representación en el partido.

²⁸ La UDI también hizo contactos con la «nueva derecha» internacional y trató de incorporar algunas de las tácticas que durante los años 80 fortalecieron el conservatismo en Estados Unidos y otros países.

El partido Renovación Nacional (RN), formado en 1987, se convirtió en el mayor partido de derecha. Con raíces en la derecha política tradicional, es un partido dominado por abogados. Sin embargo, los líderes que entrevisté se apresuraron a reconocer que «la falta de un equipo económico en el partido constituye una debilidad» y se hicieron esfuerzos para reclutar a prestigiados economistas²⁹.

Algunos abogados del partido se alegraron de poder lucir al partido como un partido conservador «moderno»³⁰. Los políticos más tradicionalistas rechazaron activamente esos intentos de «modernizar» la organización. En opinión de un ex-líder partidario –con entrenamiento en economía–, esos conflictos sólo constituyen una etapa en la evolución hacia un partido más profesionalizado. Según él: «al comienzo los viejos políticos tenían dificultades para entender los argumentos de los economistas». En su opinión, aunque todavía existen tensiones entre los miembros viejos y jóvenes del partido, ha habido «como una fusión: Jarpa (el viejo líder del partido) se hace más economista y Piñera se hace más político... Ahora el partido funciona con programas, etapas y reuniones con agenda»³¹.

Especialmente entre los terratenientes y otros sectores tradicionales, en RN se considera que los economistas inducen al partido a pagar costos políticos elevados. Los economistas tienden a rechazar la disciplina partidista, no están dispuestos a sacrificar su autonomía y reputación profesional. Sólo les gusta trabajar con otros economistas y hacen caso omiso de la autoridad de los líderes del partido, incluso cuando se votan leyes importantes en el Congreso. Uno de los principales asesores de Piñera, un profesor de economía no afiliado al partido, admitió sin dificultad que «Sebastián tiene problemas con las cúpulas pero le va bien con el pueblo. El pueblo va a votar por los candidatos más calificados para resolver los problemas del país»³².

La convicción de que los economistas tienen respuestas adecuadas no sólo para los problemas técnicos, sino también para las preocupaciones de la ciudadanía en general no es generalizada en la derecha³³. Sin embargo, hay muchas señales de que el estilo utilizado por los «notables» del partido en el

²⁹ El economista Sebastián Piñera se unió a la Comisión Política de RN apenas tres meses después de hacerse miembro del partido.

³⁰ El Instituto Libertad, un centro de estudios creado en 1990, le brinda asesoría técnica a dirigentes y legisladores de Renovación Nacional. En algunas ocasiones los miembros del Instituto Libertad y los del Instituto Libertad y Desarrollo (UDI) trabajan en colaboración. Muchos de ellos habían sido colegas en el gobierno de Pinochet.

³¹ Entrevista con Carlos Correa, ex-funcionario en el gobierno de Pinochet (julio de 1992).

³² Entrevista con Felipe Larraín (julio 1992). En ese momento la candidatura presidencial de Sebastián Piñera todavía parecía viable, y Larraín estaba colaborando en el programa de su campaña.

³³ Se dice que los economistas de FIN a menudo exasperan a los políticos, quienes los consideran arrogantes («estamos educando poco a poco a los políticos», me dijo un economista les del partido), otro miembro del partido explicó: «Sebastián actúa como un empresario eficiente; la lírica y los discursos lo aburren».

pasado está desacreditado. Se critica a quienes se reúnen en la sede del partido para «hablar de política». A los economistas se les ve contribuyendo al surgimiento de un «concepto moderno de la política» un enfoque más profesionalizado en el cual los partidos se pueden administrar como una empresa. «Lo que, importa en economía es la asignación de recursos, y es a eso precisamente a lo que aspiran los movimientos políticos» dijo un economista de RN. Y el secretario general del partido, un abogado, confirmó: «¡Qué haría yo sin los economistas! Ellos facilitan las relaciones con los empresarios, mejoran las finanzas del partido y asesoran a los legisladores»³⁴.

En la izquierda, la entrada de los economistas en la política partidista también creó controversias. Después del golpe, en el Partido Comunista la seguridad y la moral revolucionaria se volvieron mucho más importantes que la incorporación de elementos económicos o técnicos. El PC se replegó hacia adentro, buscando un refugio en su propia subcultura partidista³⁵. Tradicionalmente había tenido pocos cuadros técnicos, aunque para mediados de la década de los 80 muchos miembros del partido habían recibido entrenamiento profesional durante el exilio. Uno de esos economistas del PC dijo en 1988: «No hay dinero para formar un departamento técnico en el partido ... la creatividad es menos importante que el trabajo político. En el Instituto Lipschutz –donde se reúnen los técnicos del partido– se ha revalorizado la ciencia de la economía, y se están haciendo esfuerzos para incorporar elementos técnico-económicos a la estrategia política; pero el grupo del Lipschutz está más avanzado que la dirección del partido»³⁶. Las tensiones entre grupos de profesionales y la dirección del partido era percibida entonces como un cisma entre «el PC culto y el PC oculto». Una serie de renunciaciones y expulsiones sin precedentes estremecieron el partido, pero la ortodoxia tradicional se mantuvo intacta.

Cuando surgieron las primeras protestas callejeras, diez años después del golpe, y los partidos de oposición comenzaron a colaborar entre ellos más activamente, el PC ya había suspendido su vieja política de alianzas, optando por una estrategia de confrontación militar e insurrección popular contra el régimen. A partir de entonces los comunistas permanecieron aislados de los esfuerzos de concertación. El papel de mediadores que desempeñaron los economistas de otros grupos de oposición no se desarrolló. En este caso, hubo muy poco de la «renovación» experimentada entre los socialistas.

La persecución y el exilio hicieron que el Partido Socialista se dividiera en varias facciones, que se reunieron apenas un poco antes de las elecciones

³⁴ Entrevista con Roberto Ossandón (agosto de 1992).

³⁵ Durante años de clandestinidad, a finales de la década de los 40 y en los 50, se habían desarrollado mecanismos de disciplina interna y una fuerte estructura organizacional. En los años 70 y 80 el partido mantuvo una dirección unificada, aunque en un momento, la mayor parte del Comité Central y todos los miembros de la Comisión Política estaban en el exilio (ver «Informe al Pleno del Partido Comunista» en Frei et al.).

³⁶ Entrevista, julio de 1988.

presidenciales y parlamentarias de 1989. En la facción denominada «renovada», el exilio fue una experiencia de aprendizaje en materia de internacionalismo. Intelectuales del partido, muchos de ellos economistas, vivieron el renacer conservador en América del Norte y Europa, las crisis del marxismo, el eurocomunismo y los socialismos reales, y a partir de esas experiencias elaboraron una visión política nueva, más pragmática. Un observador advirtió que «La renovación se orienta no sólo a una refundación del socialismo, sino a una verdadera refundación de la política» (Walker, p. 193)³⁷.

En contraste, el PS Almeyda (un grupo liderado por Clodomiro Almeyda, ex-profesor universitario y ministro de Allende) se conocía como «histórico» debido a su énfasis en el mantenimiento de las tradiciones revolucionarias del Partido Socialista. La reconstrucción orgánica de este sector fue emprendida por jóvenes militantes que favorecían una actitud de confrontación con la dictadura y prestaban poca atención al pensamiento económico del partido o a la formación de un equipo económico³⁸. Estos dirigentes estaban orgullosos de que ellos «nunca obtuvieron un doctorado –en una universidad extranjera–, sino que permanecieron más cercanos a la realidad del país»³⁹.

La influencia creciente de los economistas dentro de la oposición también se notó entre los demócrata cristianos. En Cieplan y en otros centros de investigación, prestigiosos economistas recibieron respaldo internacional y creciente atención a nivel nacional⁴⁰. Estos equipos económicos facilitaron el proceso de moderación ideológica dentro del partido y también el cambio de una estrategia de predominio hegemónico a una estrategia de alianzas y coaliciones (Scully 1992, pp. 254-259),

Como la organización de un frente unido contra Pinochet se retrasó varios años⁴¹, los partidos y el sistema de partidos aparecieron como responsables de la lentitud de la transición, Analistas de oposición insistieron en la necesidad de racionalizar el debate político para evitar una nueva escalada de ideologización⁴².

³⁷ Análisis de la «renovación» de los socialistas chilenos se incluyen, por ejemplo, Politzer; Núñez, Arrate.

³⁸ Un economista del partido Demócrata Cristiano lo explicó de esta manera: «En el PS Almeyda hay algunos economistas de la vieja escuela, pero no los respetan. No basta con ser economista. También es importante estar en la cúspide y no en el lumpen de la profesión».

³⁹ Uno de los partidarios de Almeyda explicó: «Los socialistas renovados tornaron el socialismo europeo como modelo, pero ese no es el socialismo de ruptura y de conflicto que corresponde a un país pobre. La política de la negociación, los contactos internacionales, las reuniones y los artículos académicos es el camino más cómodo, pero no crea conciencia en la base. Ellos no tienen capacidad de movilización» (entrevista con Rodolfo Galvez, julio de 1988).

⁴⁰ Ver P. Silva.

⁴¹ No fue sino hasta 1988 que se pudo lograr la formación de una coalición amplia, La «Concertación de Partidos por el No» organizó la oposición contra Pinochet en el plebiscito de 1988 y se transformó después en la «Concertación de Partidos por la Democracia», la alianza de centro-izquierda que llevó a Aylwin a la presidencia en 1989 y a Eduardo Frei en 1993.

⁴² Algunos se referían a «la evidente necesidad que tiene Latinoamérica de políticos más ilustrados». Otros enfatizaban que había que aprender de las trágicas consecuencias políticas

Mientras la clase política era percibida como inepta, afectada por problemas de personalismo, faccionalismo, y atrapada en un discurso de recriminaciones y culpas, economistas con talento político comenzaron a aprovechar las debilidades de los políticos. La dispersión y atomización de la clase política hizo posible que muchos economistas forjaran sus identidades políticas fuera de los canales tradicionales de las maquinarias partidistas. Alejandro Foxley reflexionó sobre su participación en la política diciendo: «Los políticos han perdido la práctica del ejercicio de su profesión, el economista se cansa de esperar el momento en que pueda trabajar como macroeconomista, así que me pregunté ¿dónde puedo ser más efectivo hoy? La respuesta es: en la política»⁴³.

Los «modernizadores» o «renovadores» demócrata cristianos y socialistas comunicaron su pragmatismo adoptando un lenguaje y conductas ceremoniales típicas de modelos racionalistas de decisión. La campaña por modernizar la política se basaba en la idea de que la información más exacta conduce a mejores decisiones y a una ejecución más exitosa de las políticas.

Aunque muchos economistas no tenían buenas credenciales como militantes, los partidos necesitaban integrar su prestigio profesional además de sus conocimientos técnicos. Los economistas de oposición tenían los títulos académicos, el lenguaje y los argumentos necesarios para disputar la hegemonía de los **Chicago boys**. «El gobierno ha hecho una revolución económica. Ahí es donde tenemos que competir.» Con destacados economistas en las estructuras de los partidos, Pinochet y sus tecnócratas no podían seguir descalificando a la oposición por tener una capacidad analítica insuficiente o concepciones irresponsables en el manejo de los asuntos públicos.

La incorporación de los economistas en los partidos ofreció a la oposición nuevas oportunidades para recuperar el espacio público. «Era más fácil criticar la política económica que llamar la atención sobre la violación de los derechos humanos» dijo un economista socialista. Uno de sus colegas añadió que «para evitar la cárcel, los partidos preguntaban a los economistas qué decir». Los economistas podían discutir con más facilidad asuntos económicos sobre los cuales los políticos y hasta los empresarios se sentían inseguros⁴⁴. Desde la

de un «manejo económico negligente, Para muchos, reflexionar sobre la «modernización» de los partidos políticos se convirtió en «una obsesión»; ver Garretón.

⁴³ Entrevista con Alejandro Foxley (diciembre de 1987). Considérese también el ascenso del economista Ricardo Lagos como la figura política más destacada de la izquierda: «Orgánicamente, Lagos no venía de ninguna parte. No era ni altamiranista ni almeydista. Era un «suizo» que comenzó a reunir técnicos y no hacía juicios ideológicos»; entrevista con Luis Maira (julio de 1988).

⁴⁴ Un economista del partido demócrata cristiano dijo: «A los políticos les cuesta sentarse a debatir largamente los pros y los contra de una decisión... Cuando baja el nivel ideológico del debate, el político pierde peso relativo».

perspectiva crítica de Almeyda: «Los políticos, por no pensar asumen lo que dicen los técnicos»⁴⁵.

Por otra parte, los economistas tenían buenos contactos con fundaciones extranjeras, centros académicos y organizaciones internacionales⁴⁶. Ayudaban a los partidos a obtener financiamiento para los proyectos de investigación y mejoraban la capacidad de los partidos para generar y procesar información pertinente para la formulación de políticas. Los economistas ayudaron a convencer al público de que los partidos eran modernos, que se interesaban por principios racionales de administración y que, por lo tanto, merecían mayor confianza y credibilidad.

Claro está que también había resistencia a la «ingeniería política» y a la penetración de este nuevo tipo de expertos/políticos. Después de todo los economistas son bien conocidos por sus críticas a la política de partido, por su intolerancia ante las irracionalesidades y ambigüedades de la vida política, por su arrogancia intelectual y su formación profesional, cada vez más dependiente del empirismo formal, y propensa a olvidar las necesidades del mundo no académico⁴⁷. Los burócratas y activistas de los partidos, cuyos recursos y conocimientos son los que en circunstancias normales permiten al partido existir, resentían el cambio de estilo y temían perder poder.

Aunque los economistas y sus ideas no eran fácilmente asimilados en los partidos, podían ser exhibidos como señal de legitimación externa⁴⁸. Una manera importante de hacer frente a estos conflictos internos fue la creación de institutos de investigación, semi-autónomos de los partidos y con un personal compuesto principalmente por economistas. Mientras el resto del partido seguía atomizado, apegado a antiguas convenciones, funcionando precariamente en la clandestinidad, estos institutos podían responder a las convenciones racionalistas del nuevo orden institucional y mostrar sofisticación técnica y flexibilidad política en sus análisis de políticas públicas.

La teoría de organizaciones nos dice que en tiempos de crisis o de turbulencia ambiental se crean estructuras ad hoc e informales (Scott 1992, p. 237). El diálogo entre economistas fue instrumental en las negociaciones interpartidarias. «Los economistas pueden influir en sus colegas de otros partidos», dijo un político. Un economista demócrata cristiano me señaló: «a

⁴⁵ Entrevisté a Clodomiro Almeyda en julio de 1988, mientras estaba encarcelado en Santiago.

⁴⁶ Sobre la participación de científicos sociales en la política de la redemocratización, ver Puryear.

⁴⁷ Sobre críticas recientes a la socialización profesional de los economistas ver Colander/ Brenner.

⁴⁸ «Los técnicos han permitido una renovación más rápida del partido, pero no hemos logrado que los partidos digan lo que nosotros queremos que digan. Hay un doble discurso: el discurso privado de los economistas indica consenso. El otro es el discurso público de los partidos»; entrevista con Jorge Marshall R., ministro de Economía en el gobierno de Aylwin (julio de 1988).

negociaciones políticas voy yo porque también en otros lados tienen economistas... Los economistas hablan el mismo lenguaje. Tienen muchas similitudes, forman una cofradía»⁴⁹.

En la búsqueda de acuerdo político, la imagen de moderación, independencia y pragmatismo de los economistas tenía un valor simbólico particularmente alto. «Para moverse en la dirección del consenso político es necesario superar el trauma ideologizante... y lograr acuerdos sobre asuntos concretos, sobre evidencia empírica, no sobre ideas generales», dijo un miembro del Centro de Estudios del Desarrollo –CED–, uno de los institutos de investigación privados donde se reunía la oposición⁵⁰. En una de las entrevistas me indicaron que cuando el economista Sergio Molina (ministro de Hacienda en los años 60) congregó a personalidades de la oposición en el Acuerdo Nacional, en 1985, «él comenzó a ser más importante que la gente que congregó». Molina explicó su papel de mediador diciendo: «A mí me perciben como el menos demócrata cristiano. Me ven veraz, menos sectario, más flexible»⁵¹.

A medida que se elaboraban y discutían programas más concretos dentro de la oposición, se hizo evidente que hasta los partidos pequeños podían mejorar su presencia política con un equipo económico sólido. «Los economistas le dan presencia al Partido. Si los políticos van desnudos, no entran a ningún concurso de moda»⁵². Poco a poco, la preocupación por la especificidad técnica se hizo más central. Los políticos de viejo estilo se sentían con menos recursos, aunque todavía eran poderosos. «Existe un temor de cometer errores técnicos». Gabriel Valdés habló sobre la transformación de la política chilena en estos términos: «A la política la están impulsando menos las ilusiones y más la realidad. En el pasado había una falta de consideración del costo-beneficio de políticas expansivas... Los economistas aportan mayor precisión, pero no conquistaron fácilmente sus respectivos partidos. La oposición ha encontrado áreas de acuerdo en el debate sobre problemas económicos, pero la dirigencia política todavía está poco permeada por esos acuerdos. En el CED proponemos soluciones muy concretas... están obligados a reconocer las realidades»⁵³.

Conclusiones

⁴⁹ Entrevista con Augusto Aninat, del Departamento Técnico del PDC (julio de 1988). La percepción de que había una «conspiración de los técnicos» hizo que los partidos reaccionaran. Por ejemplo, la Comisión Económica del PS fue reestructurada a comienzos de los 90 paravincular más directamente un selecto «miniclub» de economistas del partido con la dirección política del partido; entrevista con Oscar Laderretche, un economista socialista del Ministerio de Economía (julio de 1992).

⁵⁰ Entrevista con Ignacio Balbontín, julio de 1988.

⁵¹ Entrevista con Sergio Molina, ministro de Planificación durante el gobierno de Aylwin y ministro de Educación durante el gobierno de Frei Ruiz-Tagle (enero de 1988).

⁵² Entrevista con el economista Carlos Hurtado, ministro de Obras Públicas en el gobierno de Aylwin (julio de 1988).

⁵³ Durante la transición el actual Senador Valdés fue un negociador clave como presidente del partido Demócrata Cristiano y como director del CED; entrevista de julio de 1992.

La búsqueda de renovación política, de nuevas formas de discurso político, nuevos símbolos y nuevas imágenes –junto a la imposibilidad de comparar fuerzas en elecciones competitivas– permitió a los economistas jugar un papel, no sólo en la lucha de los partidos por sobrevivir, sino en la «modernización» de la política. El llamativo despliegue de economistas indicaba la conformidad de los partidos con algunos de los rituales nuevos, que presuntamente garantizaban legitimidad política: el interés por la eficiencia, la estabilidad macroeconómica y la competitividad internacional. La visibilidad política de los economistas demostraba que los partidos estaban comprometidos a hacer que la democracia «funcionara».

Las elites políticas reclutan economistas en los máximos cargos, no sólo para contar con sus conocimientos técnicos sino para abordar problemas cada vez más complejos y especializados⁵⁴. Los partidos han incorporado economistas en respuesta a algunas de las mismas presiones que los organismos gubernamentales han estado enfrentando en las últimas décadas. En un mundo dominado por fuerzas económicas impredecibles, la incertidumbre de cambios en el medio ambiente es lo que les da a los economistas una ventaja sobre los demás. Por supuesto que ningún economista puede garantizar que los desastres económicos no traerán derrotas políticas, pues los resultados de las políticas están mayormente fuera de su control. Pero la mera presencia de economistas en la cúspide de la toma de decisión puede indicar que se tomaron las medidas necesarias para asegurar la aprobación de los círculos económico y financieros internacionales, a los cuales los economistas tienen un acceso privilegiado.

Así entonces, las elites gubernamentales y partidarias, al igual que los dirigentes de muchas otras organizaciones modernas, hacen hincapié en las dimensiones ceremoniales de su desempeño, más que en la cuantificación de los resultados de sus acciones (Scott 1992, pp. 348-358).

El empleo de economistas como líderes de partidos también puede interpretarse como un caso de «isomorfismo estructural», un concepto elaborado por analistas de organizaciones para describir la forma como las organizaciones en un área se vuelven crecientemente homogéneas, cada vez más similares en su estructura y en sus acciones (Meyer/Rowan; DiMaggio/Powell). El isomorfismo es resultado de la imitación y de la adaptación a presiones normativas y coercitivas del medio ambiente. Para poder enfrentar las incertidumbres de la transición y los cambios causados por un largo periodo de gobierno autoritario los partidos han estado imitándose, tratando de atraer a sus filas a los economistas más prestigiosos.

⁵⁴ Panebianco sostiene que la profesionalización «es el rasgo distintivo del cambio organizacional que están experimentando actualmente los partidos políticos»; v. Panebianco p. 230.

Se espera que los economistas proporcionen a los partidos métodos apropiados para manejar sus finanzas internas, orienten el diálogo con los gobiernos, las fundaciones internacionales, los bancos y los empresarios privados. También se espera que los economistas faciliten el acceso de los partidos a redes internacionales; y se los ve como un antídoto contra viejas formas de populismo y clientelismo. Por sobre todo, los economistas cumplen una función simbólica. Su presencia indica sumisión a un nuevo ritual. En un mundo donde la democratización se hace equivalente con la economía de mercado, la ausencia de economistas puede restar legitimidad.

Conflictos en torno al grado de autonomía de los profesionales son un tema común en el estudio de las organizaciones. Aquellos con entrenamiento especializado tienden a buscar aprobación fuera de las organizaciones. Por lo tanto, los controles burocráticos –o políticos– no siempre se ajustan a sus demandas y contribuciones específicas. Los profesionales de los partidos enfrentan ese dilema en forma especialmente aguda. No pueden criticar al partido públicamente, pero como profesionales tampoco pueden darse el lujo de desprestigiarse frente a sus colegas (Panebianco, p. 230). Las entrevistas con funcionarios de los partidos indican las tensiones que entraña el activismo político de los economistas. A los partidos se les hace difícil explicar los argumentos de los economistas. En la derecha los economistas con frecuencia introducen ideas que van en contra de los intereses de los terratenientes e industriales. Cuando un economista de RN afirmó que «Una política para proteger a tan sólo sesenta exportadores de frutas no tiene sentido», los políticos que representaban a los distritos agrícolas quisieron que se le expulsara del partido. En la izquierda, los sindicatos y los líderes izquierdistas menos «renovados» cuestionan que los economistas socialistas hayan ido demasiado lejos en sus preocupaciones «neoliberales» preocupándose por la productividad, las garantías para la inversión privada y la liberalización económica. ¿Es que están traicionando a la clase obrera?

¿Tendrán los economistas un efecto significativo y permanente en la reestructuración de los partidos y de la práctica política? En Chile muchos han identificado la visibilidad política de los economistas con un fenómeno transitorio correspondiente a una etapa específica del proceso de transición. Por consiguiente, es algo que iría desapareciendo a medida que los partidos restablecen sus identidades bajo reglas democráticas. Algunos creen que la «des-ideologización» de la política ha sido superficial y que la modernización de las estructuras partidistas todavía está en una etapa embrionaria. Sin embargo, nuevamente, lo que hace falta explicar no es tanto el contenido del aporte de los economistas a los cambios en la vida partidaria, sino el impacto simbólico de su presencia. Considerando que el poderoso rol de los economistas en la transición chilena tiene tanto una dimensión gubernamental como una partidista, este caso no se ajusta del todo al patrón observado en otros países latinoamericanos. En Chile existe cierta tensión entre el poder de los tecnócratas y el papel de los partidos, pero es básicamente con la aprobación

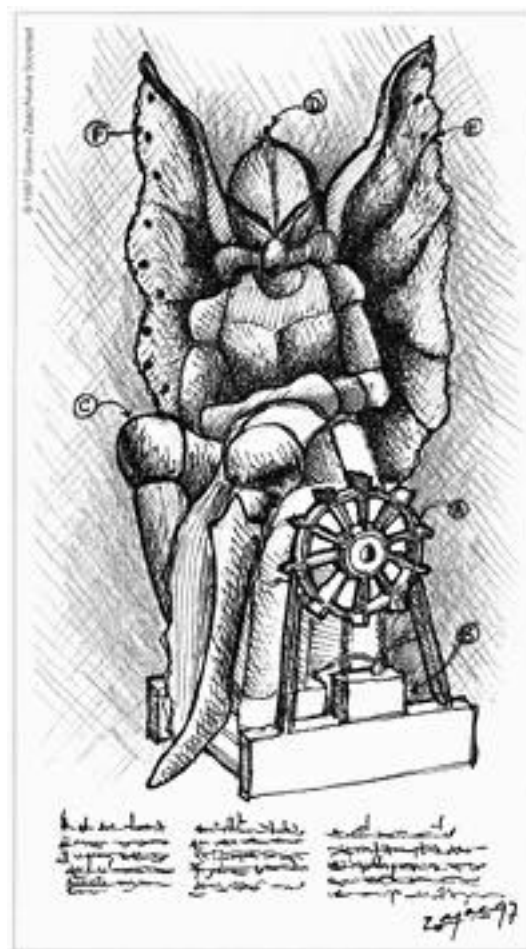
de los partidos que los economistas han alcanzado altos niveles de influencia durante las presidencias de Aylwin (1990-1994) y la actual de Frei.

La historia indica que cuando la economía entra en serias dificultades, los economistas son reemplazados por políticos. Ese fue el caso durante Alessandri en 1961, Frei en 1967, Allende en 1972 y Pinochet en 1982. Quizá no tengamos que esperar una crisis económica, si finalmente los partidos descubren que no necesitan a los economistas, porque están ya bien establecidos, y la democratización puede proseguir, aún a costa de cierta inestabilidad económica.

Referencias

- Arrate, J.: «El exilio: origen y proyección» en J. Gazrnun (ed.): **Chile en el umbral de los noventa. 15 años que condicionan el futuro**, Editorial Planeta, Santiago, 1988, pp. 113-135.
- Bosworth, B., Dombusch, R. y Labán, R. (eds.): **The Chilean Economy. Policy Lessons and Challenges**, The Brookings Institution, Washington D.C., 1994.
- Colander, D. y Brenner, D. (eds.): **Educating Economists**, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1992.
- Conaghan, C., Malloy, J. y L. Abugattas: «Business and the Boys: The Politics of Neoliberalism in the Central Andes» en **LARR** 25/2, 1990, pp. 3-30.
- Constable, P. y A. Valenzuela: **A Nation of Enemies. Chile under Pinochet**, W. W, Norton and Company, New York, 1991.
- DiMaggio, P.J. y W.W. Powell: «The iron Cage Revisited: Institutional Isomorphism and Collective Rationality in Organizational Fields» en **ASR** 48, 1983, pp. 147-160.
- Edward, S. y A. Cox: **Monetarism and Liberalization, The Chilean Experiment**, Bailingor, Cambridge, Mass., 1987.
- Fontaine Aldunate, A.: **Los economistas y el presidente Pinochet**, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1988.
- Foxley, A.: **Experiments in Neoconservative Economics**, University of California Press, Berkeley, 1983.
- Frei, E., R. Tomic, J. Castillo y C. Arriagada: **Democracia Cristiana y Partido Comunista**, Editorial Aconcagua, Santiago, 1986.
- Garretón, M.A.: «Participación en una mesa redonda en 1984» en N. Lechner (coord.): **Partidos y Democracia**, Flacso, Santiago, 1985.
- Mainwaring, S.: «Political Parties and Democratization in Brazil and the Southern Cone» en **Comparative Politics**, 10/1988, pp. 91-120.
- March, J. y J. Olsen: **Rediscovering Institutions. The Organizational Basis of Politics**, The Free Press, Nueva York, 1989.
- Markoff, J.: **Waves of Democracy. Social Movements and Political Change**, Pine Forge Press, Thousand Oaks, California, 1996.
- Markoff, J. y V. Montecinos: «The Ubiquitous Rise of economists» en **Journal of Public Policy** 13/1, 1993, pp. 37-68 [versión en español en **Desarrollo Económico** 34/133, 4-6/1994].
- Meller, P.: «Revisión del proceso de ajuste chileno de la década de los 80» en **Colección de Estudios CIEPLAN** 30, 1990, pp. 5-54.
- Meyer, J.W. y B. Rowan: «Institutionalized Organizations: Formal Structure as Myth and Ceremony» en **AJS** 83, 1977, pp. 340-363.
- Montecinos, V.: «Economists and Power. Chilean Economists in Government: 1958-1985» tesis de doctorado, Universidad de Pittsburgh, 1988.
- Núñez, R.: **Socialismo. Diez años de renovación. 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista**, Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1991.
- Panbianco, A.: **Political Parties: Organization and Power**, Cambridge University Press, Cambridge/ Nueva York, 1988.

- Politzer, P.: **Altamirano**, Ediciones Melquíades, Santiago, 1990.
- Puryear, J.: **Thinking Politics, Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988**, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.
- Ramos, J.: **Neoconservative Economics in the Southern Cone of Latin America 1973-1983**, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986.
- Sartori, G.: **Parties and Party Systems, A Framework for Analysis**, Cambridge University Press, Cambridge, 1976.
- Scott, W.R. y J.W. Meyer: «The Organization of Societal Sectors» en Meyer y Scott (eds.): **Organizational Environments: Ritual and Rationality**, Sage, Beverly Hills, CA., 1983.
- Scott, W.R.: «Unpacking Institutional Arguments» en W. W. Powell y P. J. DiMaggio (eds.): **The New Institutionalism in Organizational Analysis**, The University of Chicago Press, 1991.
- Scott, W.R.: **Organizations. Rational, Natural and Open Systems** (3ra. ed.), Prentice Hall, Englewood Cliff, N. J., 1992.
- Scully, T.: **Los partidos de centro y la evolución política chilena**, Caplan-Notre Dame, Santiago, 1992.
- Scully, T.: «Reconstituting Party Politics in Chile» en S. Mainwaring y T. Scully (eds.): **Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America**, Stanford University Press, Stanford, 1995.
- Silva, E.: «The Political Economy of Chile's Regime Transition: From Radical to 'Pragmatic' Neoliberal Policies» en P. W. Drake e I. Jaksic (eds.): **The Struggle for Democracy in Chile 1982-1990**, University of Nebraska Press, Lincoln/Londres, 1991.
- Silva, P.: «Technocrats and Politics in Chile: From the Chicago Boys to the CIEPLAN Monks» en **Journal of Latin American Studies** 23/2, 1991, pp. 385-410.
- Valdés, J.G.: **La escuela de Chicago: Operación Chile**. Grupo Editorial Zeta, Buenos Aires [versión en inglés: **Pinochet's Economists**. The Chicago School in Chile, Cambridge University Press, Cambridge, 1995].
- Valenzuela, A. y J.S. Valenzuela: «Party Opposition under the Chilean Authoritarian Regime» en J. S. Valenzuela y A. Valenzuela (eds.): **Military Rule in Chile: Dictatorship and Opposition**, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986.
- Valenzuela, A.: **The Breakdown of Democratic Regimes: Chile**, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.
- Valenzuela, A.: «Partidos políticos y crisis presidencial en Chile: Proposición para un gobierno parlamentario» en J. Linz, A. Lijphart, A. Valenzuela y O. Godoy (eds.): **Hacia una democracia moderna. La opción parlamentaria**, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990, pp. 129-190.
- Valenzuela, A.: «The Military in Power: The Consolidation of One-Man Rule» en P. W. Drake e I. Jaksic (eds.): **The Struggle for Democracy in Chile 1982-1990**, University of Nebraska Press, Lincoln/Londres, 1991.
- Vergara, P.: **Auge y caída del neoliberalismo en Chile**, Flacso, Santiago, 1985.
- Walker, I.: **Socialismo y democracia, Chile y Europa en perspectiva comparada**, Cieplan Hachette, Santiago, 1990.



Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista